

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA VISUAL

Número 34 - Santiago, 2026 - 1/15 pp.- ISSN 2452-5189



El territorio argentino de los Andes y el indígena andino a través de la revista *Caras y Caretas* (Buenos Aires, 1898-1910)

Michel Meza Aliaga¹

Rodrigo Ruz Zagal²

RESUMEN: El artículo aborda distintos reportajes relativos al territorio andino argentino y sus habitantes indígenas, publicados por la famosa revista bonaerense *Caras y Caretas*, entre los años 1898 y 1910. A través del análisis de los textos y las imágenes que componen estos materiales, se pone de manifiesto una caracterización de dicho espacio como agreste e inhóspito, pero potencialmente explotable en términos económicos. Por otro lado, el artículo da cuenta de una representación del indígena andino como un “relicto” o vestigio degenerado de un pasado glorioso, en contraposición a la valoración positiva de las civilizaciones precolombinas que habitaron el espacio surandino. Esta dicotomía refleja las tensiones propias del proceso de modernización y construcción nacional argentino de principios del siglo XX.

PALABRAS CLAVE: Andes argentinos, representación indígena, *Caras y Caretas*, modernización nacional.

The argentinian territory of the Andes and the andean indigenous through *Caras y Caretas* magazine (Buenos Aires, 1898-1910)

ABSTRACT: This article examines various reports related to the territory and his indigenous inhabitants of the Argentine Andean region, published by the famous Buenos Aires magazine *Caras y Caretas* between 1898 and 1910. Through the analysis of texts and images that compose these materials, a characterization of this space emerges as rugged and inhospitable, yet potentially exploitable in economic terms. On the other hand, the article recounts the representation of indigenous peoples as a “relict” or degenerated vestige of a glorious past, in contrast to the positive assessment of the pre-Columbian civilizations that inhabited the Southern Andean region. This dichotomy reflects the inherent tensions in the process of modernization and nation-building in Argentina in the early twentieth century.

KEYWORDS: Argentine Andes, indigenous representation, *Caras y Caretas*, national modernization.

¹ Licenciado en Historia, Universidad de Valparaíso. Magíster en Estudios de la Imagen, Universidad Alberto Hurtado. Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Investigador independiente. ORCID ID: 0000-0001-8780-6215
Email: michel.meza@gmail.com

² Profesor de Historia y Geografía, Universidad de Tarapacá. Magíster en Antropología, Universidad de Tarapacá. Doctor en Antropología, Universidad Católica del Norte. Profesor Asociado Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas, Universidad de Tarapacá. ORCID ID: 0000-0002-7474-6441
Email: rruz@academicos.uta.cl

Introducción

La construcción visual y discursiva del “otro” ha sido un tema central en los estudios antropológicos y visuales latinoamericanos. En el presente trabajo, siguiendo una línea de investigación que hemos desarrollado en torno a la imagen del indígena del norte chileno, puesta en circulación por revistas *magazinescas* publicadas en nuestro país a principios del siglo XX (Ruz *et al.*, 2019), examinamos la representación del territorio andino argentino y sus habitantes, en el semanario bonaerense *Caras y Caretas* durante el período 1898-1910³, un momento crucial en la consolidación del Estado argentino, el cual implicó la anexión de nuevos territorios y nuevos habitantes a su soberanía nacional, entre ellos la zona cordillerana de la Puna de Atacama (Londoño, 2017). A través del análisis de reportajes, crónicas y fotografías, publicadas en esta revista ilustrada de amplia circulación, constatamos, al igual que en el caso chileno, la presencia de una narrativa textual y visual caracterizada por las tensiones entre modernidad y tradición, entre el progreso de la civilización occidental y el atraso indígena.

El *corpus* analizado, comprende principalmente registros sobre expediciones científicas, hallazgos arqueológicos y crónicas de viaje, complementados con un rico acervo fotográfico que incluye retratos etnográficos, paisajes y registro de cultura material. La investigación se sitúa en la intersección entre los estudios visuales y la antropología histórica, dialogando con las perspectivas teóricas sobre la construcción de alteridades (Todorov, 2013), la fotografía como documento social (Freund, 2015) y los regímenes de visualidad en América Latina (Poole, 2000).

El análisis revela una doble operación discursiva: por un lado, la caracterización del territorio andino como un espacio agreste e inhóspito, pero potencialmente explotable en términos económicos y, por otro, la representación del indígena contemporáneo a la publicación de los materiales estudiados, como un “relicto”⁴ o vestigio degenerado de un pasado glorioso, en contraposición a una valoración positiva de las civilizaciones precolombinas que habitaron dicho territorio, reflejando las tensiones propias del proceso de modernización y construcción nacional argentino de principios del siglo XX.

La construcción visual del territorio andino argentino: entre el progreso y lo inhóspito

El territorio andino argentino apareció por primera vez en *Caras y Caretas* a raíz de un reportaje sobre una comisión de expertos encargada de obtener información relevante de la zona cordillerana de la Puna de Atacama, incorporada a la soberanía nacional del país trasandino en el año 1899, tras un litigio diplomático con Chile, en el contexto de la definición de los nuevos límites fronterizos que trajo consigo la guerra del Pacífico. Dicha comisión, estaba compuesta por “el gobernador del nuevo territorio de los Andes, el señor general Daniel Cerri, el Doctor Oscar Doering, enviado por el Ministerio del Interior, y el naturalista señor Eduardo Holmberg, hijo, enviado del [Ministerio] de Agricultura y Ganadería”⁵, quienes recorrieron los pueblos de Molinos y Pastos Grandes.

³ La revista ilustrada *Caras y Caretas*, se publicó en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, entre los años 1898 y 1939. De amplio tiraje, con un carácter misceláneo y un alto componente iconográfico, elemento característico de las revistas de tipo *magazine*, fue la primera, de acuerdo a Sandra Szir (2011), en utilizar de forma sostenida los procesos de reproducción tecnológica que permitieron una disponibilidad masiva de imágenes impresas, en especial de fotografías, imponiendo una mayor presencia de lo visual en el contexto material de la cultura urbana bonaerense de fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Siguiendo a esta misma autora, las imágenes publicadas en la revista “construyeron sentido conjuntamente con los textos, pero a menudo se ubican por delante de éstos. *Caras y Caretas* confiaba en el valor de la imagen para comunicar mensajes, transmitir información, comentar críticamente un acontecimiento y promover identificación simbólica” (2011, p. 3).

⁴ El término “relicto”, proveniente del ámbito de la biología, se refiere a aquellas especies vegetales y animales “cuyo “proceso evolutivo” (...) se ha detenido en algún momento del pasado, ya sea bruscamente o a lo largo de un periodo. [Pero] sus características esenciales siguen siendo, empero, materialmente visibles” (UNESCO World Heritage Center citado por Pérez, 2018, p. 5).

⁵ Anónimo, “El territorio de la Puna, la última expedición científica” publicado en *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900. Cabe señalar que muchas publicaciones periódicas de principios del siglo XX, poseen una gran cantidad de artículos anónimos, fotografías sin atribución o atribuidas erróneamente, además de no consignar los números de las páginas, elementos que también caracterizaron a *Caras y Caretas*, al menos durante el periodo estudiado por los autores.

El reportaje, basado en los datos aportados por Holmberg y publicado 23 de junio de 1900, pone el acento en las características agrestes del territorio, las cuales, según el estudioso argentino, dificultaban su habitabilidad, así como el desarrollo de “las industrias agrícolas y ganaderas”⁶. A pesar de lo anterior, el anónimo autor del texto, señala que dicho territorio ha sido habitado por población indígena desde antes de la llegada de los españoles, quienes fundaron posteriormente el pueblo de Molinos “durante el primer periodo de la conquista (...) por [orden del] gobernador de Tucumán don Alonso de Mercado y Villacorta”⁷.

Las fotografías que acompañan el reportaje, tomadas por el propio Holmberg, según indica la revista, resaltan la imagen de un territorio escasamente poblado, donde predominan cerros y quebradas con poca vegetación, principalmente cactáceas (imágenes 1 y 2). En algunas de ellas se muestra el pequeño pueblo de Pastos Grandes, en donde no se logra apreciar ningún habitante (imagen 3), al igual que en la fotografía de una vivienda indígena tomada en el poblado de La Encrucijada, en la que solo se ven tres hombres, posiblemente miembros de la comisión (imagen 4). Cabe señalar que no existe en el reportaje ninguna referencia a la capacidad adaptativa de los indígenas al clima y la geografía andinas, ni tampoco respecto las rústicas viviendas que aparecen en las fotografías, las cuales corresponden a un tipo arquitectura vernácula en la que cada espacio, dentro y fuera de la casa, además de dar cobijo a las familias, estaba cargado de elementos simbólicos propios de su cultura (Muñoz, 2014).

Descartadas las posibilidades agrícolas y ganaderas que ofrecía la Puna de Atacama, a diferencia de los territorios de la Pampa, la Patagonia y el Chaco argentinos, el informe de Holmberg hizo hincapié en la necesidad de explotar sus riquezas mineras, señalando que “hay que enviar geólogos que descifren los secretos de la montaña, en cuyo seno hay escondidos filones preciosos; y hay que llevar una vía férrea hasta las mismas salidas de las punas, para que la exportación de la materia prima sea posible” (Holmberg citado en Benedetti, 2005, p.10).



Imagen 1. Holmberg, Eduardo. “La vegetación de Molinos”. *Caras y Caretas* N° 90, junio de 1900.



Imagen 2. Holmberg, Eduardo. “Un cardán en el camino de Molinos & Pastos Grandes”. *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.



Imagen 3. Holmberg, Eduardo. "Pastos Grandes, pueblo por el que hubimos de tener la guerra con Chile". *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900.



Imagen 4. Holmberg, Eduardo. "La Encrucijada, última población salteña en el camino de Pastos Grandes". *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900.



Imagen 5. Fotografía anónima. "El ministro Tedín, el gobernador de Jujuy, el general Campos y su familia y demás acompañantes, en Humahuaca". *Caras y Caretas* N° 415, 15 de septiembre de 1906.

Jujuy, el general Campos y su familia y demás acompañantes, en Humahuaca"¹⁰ (imagen 5), quienes posan frente a los vagones del tren, signo inequívoco del progreso y la modernidad.

De acuerdo con Wilhelm Londoño (2017), la mirada económica sobre la zona recientemente anexada, en la que se inscribe la llegada del ferrocarril y centrada principalmente en las potencialidades mineras de la región, fue uno de los elementos clave a la hora de definir el territorio de la Puna de Atacama como objeto de discurso e insertarlo dentro del imaginario nacional argentino. Siguiendo al autor, hacia 1905 "los manuales de geografía que se usaban en el sistema educativo nacional ya traían información sobre el recién anexado Territorio de los Andes" (Londoño, 2017, p. 224). En dichos textos, la Puna era definida principalmente como un

En relación a esto último, si bien durante la primera década del siglo XX no hubo un gran apoyo por parte del Estado argentino a las empresas mineras que se instalaron en la Puna de Atacama, "las cuales tuvieron que abandonar sus enclaves por la poca rentabilidad [que les generaba dicha actividad]" (Londoño, 2017, p. 225), un reportaje titulado "Trazado de un Ferrocarril a Bolivia", aparecido en *Caras y Caretas* el 22 de septiembre de 1900, se señala que desde el año 1896, es decir, desde antes de la anexión de dichos territorios a la soberanía nacional argentina, se habrían iniciado los estudios para la instalación de una línea férrea que comunicaría Argentina y Bolivia, atravesando las localidades cordilleranas de "Tumbaya, Purmamarca, Maimará (Bella Vista), Tilcara, Huacalera, Uquia y Humahuaca"⁸, las que serán recorridas "dentro de poco por el ferrocarril a las Borateras [ubicadas en la Puna], construido con materiales Decauville, suministrados por el Gobierno Nacional a la Compañía belga que explotará aquellas (sic)"⁹.

Modernización y ferrocarril: la transformación del espacio puneño

La llegada del ferrocarril a la localidad cordillerana de Humahuaca fue cubierta por *Caras y Caretas* en una nota aparecida el 15 de septiembre de 1906, la que incluía fotografías de los trabajos de instalación de la línea férrea, así como de la altiplanicie y las quebradas, resaltando la inmensidad del territorio que debieron sortear los ingenieros para su trazado. Además de estas imágenes, la nota contiene la fotografía de algunas autoridades como el "ministro Tedín, el gobernador de

⁸ Anónimo. "Trazado de un ferrocarril a Bolivia". *Caras y Caretas* N° 103, 22 de septiembre de 1900.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Anónimo. "Inauguración del Ferrocarril a Humahuaca". *Caras y Caretas* N° 415, 15 de septiembre de 1906.

territorio desértico y eminentemente minero, convirtiéndose en verdaderos “dispositivos de disciplinamiento que imponían las formas dentro de las cuales el espacio debía ser percibido: como una anomalía, dada la escasez de agua, la imposibilidad de la agricultura y la cultura local problemáticamente indígena” (Londoño, 2017, p. 224).

Ahora bien, en ninguno de los reportajes se hace referencia a esta “problemática” población indígena señalada por Londoño. En el caso de las fotografías que acompañan al reportaje sobre el trazado de la vía del ferrocarril hacia Bolivia, éstas corresponden en su mayoría a tomas panorámicas del territorio con los siguientes pies de foto: “Entrada a la Quebrada de Purmamarca, de donde arrancará el alambre-carril a las borateras de la Puna” (imagen 6) o “La Quebrada de Bella Vista” (imagen 7). En esta última fotografía, se logra apreciar la silueta de una persona, probablemente un indígena del lugar, cuya imagen contrasta con la inmensidad de los cerros cordilleranos por los que atravesará el ferrocarril hacia las borateras puneñas, una verdadera hazaña del hombre “blanco” en un territorio tan complejo desde el punto de vista geográfico.

En el reportaje sobre la comisión de expertos que visitó la zona solo se señala que la población es “indígena pura”¹¹ y que “vive de la caza de guanacos y chinchillas [y] de la cría de algunos (sic) llamas”¹². Ahora bien, más que significar un problema para el hombre blanco, como señala Londoño (2017), la vida del indígena andino es descrita en términos de subsistencia, criticando sus prácticas de caza, asegurando que con ellas acabarán muy pronto con los animales, desconociendo que éstas, así como el pastoreo y el cultivo de vegetales en la cordillera, se desarrollan desde tiempos prehispánicos y poseen características propias de los pueblos de la región surandina (Teruel, 2005).

En un tono crítico respecto al trato dispensado por el hombre “blanco” a los indígenas en este “espacio siempre triste y desolado”¹³, el anónimo autor del reportaje indica que “las indiadas se conservan sumisas como en tiempos de los encomenderos a pesar de haber desaparecido éstos y quedar sus descendientes que son verdaderos señores feudales que mantienen hasta el odioso derecho de pernada”¹⁴, indicando que la comisión entregará informes al Gobierno respecto de esta situación para que tome cartas en el asunto, planteando como una necesidad el fomento de la cultura entre estos indígenas “siquiera sea para incorporarlos de verdad a la civilización argentina”¹⁵. Claramente, este fomento de la cultura significa aculturación y borrado de identidades, y no la preservación de la cultura ancestral de los pueblos andinos, en convivencia con las nuevas pautas de la vida moderna.



Imagen 6. Fotografía anónima. “Entrada a la Quebrada de Purmamarca, de donde arrancará el alambre carril a las borateras de la Puna”. *Caras y Caretas* N°103, 22 de septiembre de 1900.

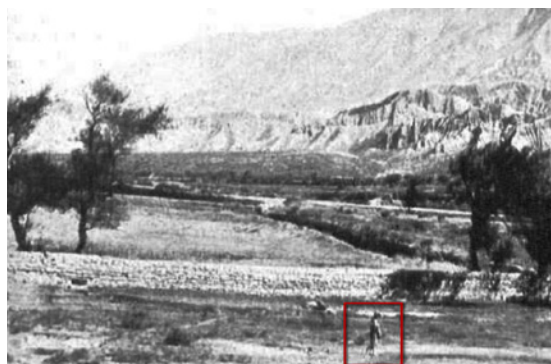


Imagen 7. Fotografía anónima. “La Quebrada de Bella Vista”. *Caras y Caretas* N°103, 22 de septiembre de 1900.

¹¹ Anónimo. “El territorio de la Puna, la última expedición científica”. *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.



Imagen 8. Holmberg, Eduardo. "Tipo de mujer de los Andes". *Caras y Caretas* N° 90, 23 de junio de 1900.

El reportaje pone su énfasis en lo inhóspito del territorio y su potencial económico minero y, a pesar de que menciona a los habitantes de la región, contiene solo una fotografía de una mujer indígena con el siguiente pie de foto "Tipo de mujer de los Andes". En dicha imagen, se aprecia a una delgada mujer vestida con pollera, poncho y sombrero, prendas femeninas características de la mujer andina y de los valles cordilleranos, además de unas sandalias, que muestran sus pies desnudos (imagen 8).

El retrato de esta mujer, que se ve un tanto incómoda y hasta temerosa ante la cámara, pareciera buscar sintetizar, en una imagen, el discurso en torno a la población indígena que habita la Puna, en donde, según Holmberg, "todo es triste y raquítico" (Holmberg citado por Benedetti, 2005, p. 10). La pobreza, la tristeza, la melancolía, la sumisión y el arcaísmo, serán algunos de los elementos que caracterizarán al indígena del territorio de los Andes en el discurso del hombre "blanco", sujetos que solo tuvieron agencia en un tiempo pretérito, en ese pasado glorioso de las grandes civilizaciones andinas, como veremos en el siguiente apartado.

El indígena como "relicto" del pasado

Carlos Correa Luna, periodista argentino que publicó en *Caras y Caretas* una serie de crónicas de viaje al territorio de los Andes y los valles precordilleranos de la Argentina, se refiere al tema de la "anomalía racial" del indígena andino (Londoño, 2017), poniéndose del lado de los conquistadores europeos que llegaron a dicha zona. En su crónica titulada "El país de los Calchaquíes. Pomán de Londres", Correa Luna glorifica los logros militares de los españoles en la localidad de Pomán, "antigua capital de Tucumán"¹⁶, la cual fuera amenazada por los indígenas, quienes "pusieron en riesgo la obra de la civilización"¹⁷, señalando que en la actualidad el lugar es tan solo "un vestigio melancólico de esa grandeza de los capitanes de conquista"¹⁸, cuya estirpe ha devenido, según el autor, en "degenerados tipos indígenas"¹⁹, demostrando así su adherencia a las ideas eugénicas, en la medida en que dicha degeneración tendría su origen el mestizaje.

La idea de una "anomalía racial" de los indígenas andinos estuvo presente desde las primeras descripciones de los habitantes de la región, discurso que les representó también como "sucios e ignorantes, ejemplificación de la antípoda del ser nacional (...) carentes de higiene, belleza [y] disposición al progreso" (Londoño, 2017, p. 222). Por otro lado, circulaba también durante el periodo estudiado, la idea de una particular tendencia a la longevidad por parte de los indígenas andinos, "una suerte de anomalía que permite que haya alguna cercanía entre el tiempo cultural del colonizador y el del nativo" (Londoño, 2017, p. 223). Según el topógrafo Francisco San Román, enviado por el gobierno del presidente chileno José Manuel Balmaceda a explorar los territorios de la Puna de Atacama en 1883, sus habitantes serían "como "momias vivientes" que "parecen vivir por siempre" (Londoño, 2017, p. 223).

El tópico de la longevidad de los habitantes del territorio de los Andes también está presente en crónica de viaje de Correa Luna. En su recorrido por la localidad de Pomán, el autor entrevista

¹⁶ Correa, Carlos. "El país de los Calchaquíes. Pomán de Londres" *Caras y Caretas* N° 126, 2 de marzo de 1901.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

a uno de sus habitantes, “el Melgarejo, un viejo rarísimo que ha logrado vivir en tres siglos”²⁰, cuya fotografía, junto a la de una desolada calle del pueblo de Pomán, ilustran el texto (imagen 9). Correa Luna le realiza una serie de preguntas al delgado anciano, señalando que “es difícil pintar el terror del pobre centenario cuando lo interrogamos”²¹, pues, según el periodista, debió haberlo confundido un miembro de una “comisión para reclutar gente”²² para alguna guerra.

Dentro de las supuestas preguntas que realizó el periodista “al Melgarejo”, una iba dirigida a saber su impresión respecto del temblor de 1898, en donde, según el texto, Pomán fue casi destruido. La respuesta del anciano fue que ni siquiera se dio cuenta de la situación, pues se encontraba durmiendo y solo se percató cuando un horcón le cayó en el tobillo. Una respuesta poco creíble para un evento telúrico que sacudió un pueblo hasta casi destruirlo. Nos inclinamos más bien por una respuesta ficticia, creada por Correa Luna para divertir a los lectores, a partir de la representación del indígena andino como un sujeto impávido, sereno, cuya vida permanece inalterable, incluso ante un fuerte movimiento sísmico.

Al terminar la entrevista, refiriéndose a Pomán, el anciano le dice al periodista: “aquí señor nunca se sabe nada (...) si somos tan pobres y vivimos tan lejos”²³. Esta lejanía, de acuerdo con el discurso hegemónico respecto del indígena andino puede ser concebida tanto espacialmente, por la distancia entre los poblados andinos, los valles precordilleranos y los principales centros urbanos de la Argentina, así como también temporalmente, en el sentido de que dicha población habitaría en un tiempo histórico distinto al del hombre blanco, ya que serían seres anclados en un tiempo pretérito, alejados de los beneficios de la civilización y la modernidad.

El objetivo de Correa Luna es “escudriñar las ruinas indias de la región calchaquina, [para] recoger alfarerías y objetos, [además de] estudiar costumbres etc.”²⁴, según indica en una de sus entregas publicada el 08 de junio de 1901. Cabe señalar que, como lo manifiesta Correa Luna en su crónica, la apropiación de elementos de la cultura material de los pueblos indígenas, fue común durante el periodo estudiado. Un ejemplo de ello lo constituye la colección de objetos arqueológicos reunida por el controvertido “perito” Francisco Moreno, consistente en restos óseos, principalmente cráneos y otros objetos de los pueblos de la Pampa y La Patagonia argentinas, la cual fue donada al Museo Arqueológico y Antropológico de Buenos Aires en 1877 y trasladada, posteriormente, al Museo de la Plata en 1888 (Meza, 2025).

Al terminar el texto, Correa Luna, en un tono que podemos calificar de poético y melancólico, señala lo siguiente: “y el viento baja del Aconquija y silva en los retamos florecidos y parece contar



Imagen 9. Fotografía anónima. “El Melgarejo”. *Caras y Caretas* N° 126, 2 de marzo de 1901.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Correa, Carlos. “Viaje al país de los Calchaquíes. Hacia arriba” publicado en *Caras y Caretas* N° 140, junio de 1901.

al llano adormecido la extraña leyenda de las razas muertas que vivieron en tierra calchaquí²⁵. Después de la publicación de este texto, de acuerdo a nuestra investigación, la revista dará una especial cobertura a los vestigios arqueológicos dejados por estas “razas muertas”, como les llama el periodista argentino, encontrados tanto por investigadores y exploradores particulares, como por miembros del Museo de La Plata y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Meza, 2025).

El patrimonio arqueológico: entre la valoración científica y la dispersión

El primer reportaje dedicado exclusivamente al descubrimiento de objetos y restos humanos en los valles precordilleranos del noroeste de la Argentina, también denominados valles calchaquíes, fue publicado el 03 de mayo de 1902. Si bien el texto fue escrito por Juan Ambrosetti, destacado etnógrafo, arqueólogo y folclorista argentino, el descubrimiento fue realizado por los señores Rafael Martínez y Andrés González quienes, buscando vetas mineras “penetraron a los valles calchaquíes, tan ricos en objetos arqueológicos”²⁶. Mientras realizaban excavaciones en “un antiguo fuerte indígena”²⁷, Martínez y González encontraron un sepulcro “prolijamente pircado y con piso de laja de forma casi cuadrada, con las aristas redondeadas.”²⁸

En su relato, Ambrosetti destaca el valor del descubrimiento, señalando que los objetos hallados debieron pertenecer a importantes dignatarios indígenas tanto por la belleza, el cuidado y la finesa de su factura, así como por los materiales utilizados en su fabricación. Dentro de estos objetos se encontraban, según el autor

Varios objetos de oro, y entre ellos una diadema de forma original con cuatro apéndices semicirculares que encierran una pequeña cara humana simplemente delineada y rodeada de puntos, [que] nos dicen que en vida sólo pudieron ser llevadas por gente muy principal; y si a esto se agrega un hacha de cobre, enastada en un mango de madera, que entre los calchaquíes era emblema de mando, se comprenderá sin mucho esfuerzo que uno de los muertos, por lo menos, era cacique.

Otro adorno, también frontal de oro, como si fueran dos plumas, terminadas cada una por tres redonditos de relieve que forman a manera de cabezas de serpientes, hace suponer que pertenezca al segundo cadáver: pues se han hallado además unas once pajuelas igualmente de oro, y que debieron haber estado cosidas sobre una vincha de lana, las que no tendrían aplicación en la primera diadema²⁹.

Refiriéndose al segundo objeto, Ambrosetti indica que sería “de mejor y más artístico gusto que el anterior por las cabezas de serpiente, símbolo del rayo entre los calchaquíes”³⁰. Este valor estético, atribuido a los artefactos de metal fabricados por los pueblos andinos, se aprecia también en la descripción de la alfarería encontrada en la tumba, específicamente de los “botellones de cuerpo globular, base cónica, y gollete alto, de bordes anchos y salientes”³¹ denominados *yuros*, palabra que provendría del *quechua*. Estos recipientes de agua, de acuerdo con el texto, se destacarían por su “forma (...) muy elegante [la cual] se halla en toda la región occidental de Sud América donde ha habido alguna civilización adelantada”³². Refiriéndose a la decoración de la alfarería, Ambrosetti señala que ésta habría sido realizada a partir de una

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Ambrosetti, Juan. “Hallazgos de objetos calchaquíes”, publicado en *Caras y Caretas* N°187, 3 de mayo de 1902.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibidem*.

"técnica muy sencilla pero fantástica"³³, reconociendo su valor religioso y simbólico dentro de la sociedad indígena.

Las fotografías que acompañan al texto, dan cuenta de la diversidad de elementos de la cultura material de los indígenas de los valles precordilleranos argentinos, mostrando piezas de orfebrería, metalurgia y alfarería, así como puntas de flechas de hueso de animal, las que, de acuerdo con el texto, lanzadas "con fuerza, gracias a su arco corto, de cuerda de nervios de vicuña, por cualquiera de aquellos vigorosos calchaquies, era irresistible, dada su facilidad de penetración, aún en el cuero de las antas"³⁴ (imagen 10).

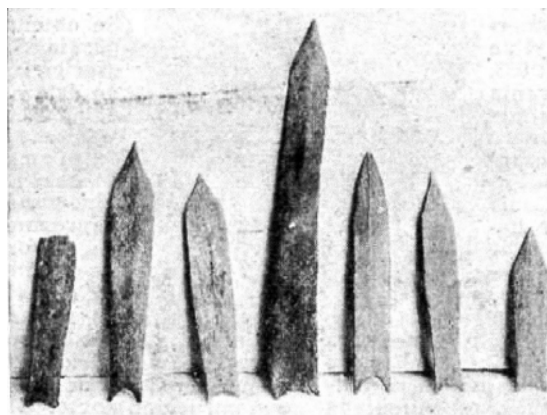


Imagen 10. Fotografía anónima. "Puntas de flecha de hueso", *Caras y Caretas* N° 187, 3 de mayo de 1902.

La exaltación del pasado indígena del noroeste argentino, digno de admiración por su complejidad y vinculación, de acuerdo con Ambrosetti, con una civilización adelantada, contrasta con el discurso respecto de los indígenas andinos contemporáneos a las expediciones arqueológicas realizadas a principios del siglo XX, en las que se les representaba como sujetos pasivos, tristes y melancólicos, que apenas subsistían en un territorio agreste y hostil para el desarrollo de la vida humana, como vimos anteriormente.

El aprecio por los vestigios arqueológicos de los valles precordilleranos, contrasta, sin embargo, con el escaso cuidado en mantener dichas piezas en la Argentina, salvo, en el caso de los hallazgos realizados por distintos investigadores del Museo de La Plata y Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, instituciones que descubrieron, estudiaron y conservaron, restos óseos y diversos objetos de la cultura material de los pueblos indígenas que habitaron el territorio del país trasandino, actividades que fueron cubiertas por la revista en distintas ocasiones (Meza, 2025).

Esta contradicción, es puesta en evidencia en la nota titulada "Actualidad italiana. La colección calchaquí enviada por el ministro de instrucción pública argentino", publicada en *Caras y Caretas* el 29 de noviembre de 1902, en donde se informa del envío a la ciudad de Roma de "una colección de alfarerías, vasos votivos, pucos y cráneos calchaquies, interesantes muestras de ese arte original, característico, de aquel pueblo extraordinario, cuya porfiada defensa del suelo patrio constituye una de las más conmovedoras páginas de la historia de la conquista"³⁵.

Dicho envío, como señala en el título de la nota, fue realizado por el ministro de Instrucción Pública de la Argentina, el señor Fernández, como retribución al obsequio realizado por "su ilustre colega italiano, [el] honorable Nunzio Nassi"³⁶, y consistía, de acuerdo al texto, en "admirables aguas fuertes de afamados artistas, representando a los monumentos de la clásica tierra de la belleza"³⁷. Nuevamente en la revista se expresa una valoración estética de la cultura material de los indígenas prehispánicos de los valles precordilleranos argentinos, esta vez equiparando este "arte original"³⁸ con el arte occidental italiano. Por otro lado, llama la atención el que no se cuestione la entrega de este patrimonio arqueológico a un país europeo, siendo el propio ministro de Instrucción Pública de la Argentina el responsable de dicho obsequio.

El tema de la belleza que poseen los vestigios encontrados en los valles calchaquies, está presente también en un artículo publicado el 04 de noviembre de 1905 por el antropólogo,

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Anónimo. "Actualidad Italiana. "La colección calchaquí enviada por el ministro de instrucción pública argentino", *Caras y Caretas* N° 217, 29 de noviembre de 1902.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

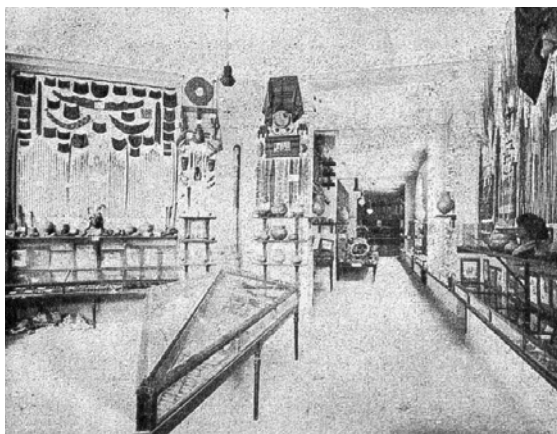


Imagen 11. Fotografía anónima. "Exposición de las colecciones de la expedición sueca al norte de la República Argentina y el sud de Bolivia en 1901-1902", *Caras y Caretas* N° 224, 17 de enero de 1903.

arqueólogo y etnolingüista argentino Félix Outes, que trata sobre pinturas rupestres y objetos pertenecientes a diferentes culturas prehispánicas, encontrados en distintos lugares de la Argentina, entre ellos los descubiertos en "las cordilleras nevadas del occidente, como en las serranías que interrumpen bruscamente la horizontalidad de la llanura pampeana"³⁹. En su texto, Outes destaca la influencia incaica de los pueblos que habitaron noroeste argentino, elogiando desde un punto de vista estético los hallazgos arqueológicos, dentro de los cuales se encuentran "objetos interesantísimos; (...) multitud de cadáveres disecados, cubiertos de ricas vestiduras finamente tejidas, adornados con brazaletes de metales preciosos y collares de cuentas de malaquita, y (...) vasijas de formas elegantes"⁴⁰.

En otra nota, publicada el 17 de enero de 1903, se informaba sobre la exhibición de vestigios arqueológicos encontrados en los valles calchaquies en la ciudad de Estocolmo, específicamente de objetos pertenecientes a la colección privada del arqueólogo sueco Erland Nordenskiöld, quien realizó importantes trabajos etnográficos y arqueológicos en Tierra del Fuego y la Patagonia occidental, el sur boliviano y el noroeste argentino, así como en el Chaco y la Amazonía (Jaimes, 2021).

En dicha nota se valoran los vestigios arqueológicos prehispánicos, esta vez desde el punto de vista de su aporte a la ciencia, apreciando el trabajo de Nordenskiöld, cuyas explicaciones sobre "el simbolismo de los dibujos y combinaciones ornamentales [de los objetos exhibidos] han llamado poderosamente la atención, interesando vivamente al mundo científico"⁴¹ (imagen 11). Nada se dice respecto de las implicancias culturales que tenía el saqueo de *huacas*⁴² y otros lugares sagrados para los indígenas de los valles precordilleranos de la Argentina, ni tampoco respecto de la apropiación de parte del patrimonio arqueológico del país, por un investigador extranjero, que asumió, en 1913, el cargo de conservador principal del Museo de Gotemburgo, institución a la que legó su colección privada (Jaimes, 2021).

El 25 de mayo de 1907 *Caras y Caretas* publicó un reportaje respecto de una exploración realizada por Carlos Bruch, fotógrafo que trabajó con el antropólogo alemán Robert Lehman Nitsche, quien fuera director de la Sección de Antropología del Museo de La Plata durante el periodo estudiado (Giordano, 2004). En su viaje de exploración, Bruch recorrió los valles precordilleranos del noroeste argentino los que, de acuerdo con el anónimo autor del texto, "han sido y continúan siendo preferidos por nuestros arqueólogos para sus investigaciones"⁴³.

El texto valora la labor del Museo en cuanto a estudio del pasado de los antiguos pobladores de las cumbres andinas, señalando que con el viaje de Bruch se incorporan "materiales valiosos e interesantes si cabe (*sic*), que los ya reunidos, pues a la numerosa y variada colección de vasos y utensilios de hueso y madera, debe agregarse fotografías admirables de las ruinas de aquellas poblaciones indígenas"⁴⁴.

³⁹ Outes, Félix, "Las grutas pintadas en la Argentina" *Caras y Caretas* N° 370, 4 de noviembre de 1905.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ Anónimo. "De todo el mundo", *Caras y Caretas* N° 224, 17 de enero de 1903.

⁴² La palabra *huaca* proviene del quechua y significa sagrado, pero popularmente es utilizado para designar a los montículos o enterramientos precolombinos que poseen restos de culturas andinas hoy desaparecidas" (Soto, 2014, p. 164).

⁴³ Anónimo. "Las últimas exploraciones del Museo de La Plata", *Caras y Caretas* N° 451, 25 de mayo de 1907.

⁴⁴ *Ibidem*.

La misión científica encomendada a Bruch por el arqueólogo, etnógrafo y lingüista Samuel Lafone Quevedo, por ese entonces director del Museo de La Plata, se caracterizó, de acuerdo con el texto, por la toma de “muchos datos de antiguas estaciones indígenas⁴⁵” destacando la arquitectura prehispánica y sus menhires, así como nuevos petroglifos encontrados (imagen 12). La nota destaca los trabajos realizados en el “Fuerte Quemado”, el cual constituye, según el anónimo autor, “una revelación del genio guerrero del indígena americano habitante de las cumbres; la impresión que ofrece ese conjunto de fortalezas es de admiración, el examen de los detalles acusa a una laboriosidad e ingenio poco comunes⁴⁶” (imagen 13).

Si bien el reportaje pone el acento en el carácter científico de la expedición, valorando los nuevos descubrimientos como un aporte al desarrollo de la arqueología argentina —además de calificar los hallazgos como muestras de la inteligencia de los pueblos de los valles precordilleranos—, no se hace mención a ningún trabajo etnográfico o antropométrico realizado con la población indígena que habitaba dichos territorios, considerados como descendientes de aquella “raza” que se asume como extinta o en vías de extinción, como queda de manifiesto en distintos textos con carácter científico o pedagógico publicados durante el periodo estudiado (Londoño, 2017), discurso que también estuvo presente en *Caras y Caretas* a la hora de referirse a los distintos pueblos indígenas de la Argentina⁴⁷. Sin embargo, el reportaje sobre la expedición de Bruch contiene una fotografía que nos llama la atención. Se trata de una fotografía de perfil, al modo de la fotografía antropométrica de un indígena, “Don Espíritu Ocampo” (imagen 14).

No existe otra referencia al sujeto retratado ni a ningún otro habitante del territorio explorado. El indígena vivo, el indio contemporáneo, no reviste interés alguno para el autor del reportaje, a diferencia de Bruch, autor de todas las fotografías. Probablemente, a esta imagen de perfil de don Espíritu Ocampo, le acompañaba otra de frente, tipología característica de la fotografía antropométrica (de la cual Bruch fue uno de sus principales exponentes en el país trasandino), así como de la fotografía criminológica, con la connotación negativa que implicó retratar de la misma manera tanto a indígenas como criminales (Penhos, 2013). Como en otros reportajes

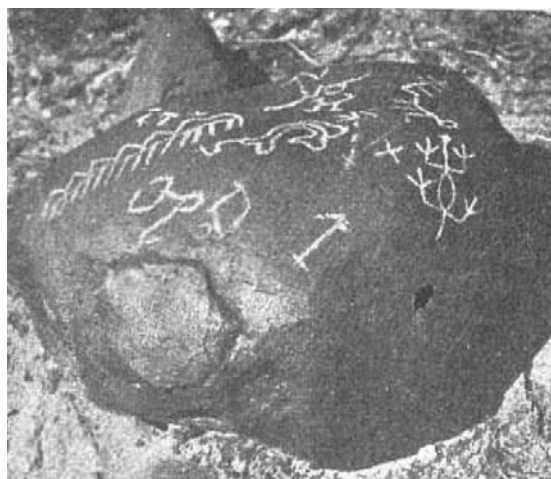


Imagen 12. Bruch, Carlos. “Piedra pintada sobre la cuesta del pequeño valle de Zuyajango”, *Caras y Caretas* N° 451, 25 de mayo de 1907.



Imagen 13. Bruch, Carlos. “La Inti-Huantana. Ruinas sobre la cumbre del Fuerte Quemado”, *Caras y Caretas* N° 451, 25 de mayo de 1907.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Ver la nota “Una raza que se extingue”, referida a los indígenas *guayakies* publicada el 30 de julio de 1904, el reportaje “Costumbres *tehuelches*. El Camarruco”, publicado el 17 de noviembre de 1906 el cual describe algunas costumbres de los *tehuelches*, en especial el rito de Camarruco, señalando que éste correspondería a una de las “últimas titilaciones de la radiosa civilización precolombina” y la nota “Los últimos onas”, publicada el 29 de mayo de 1909.



Imagen 14. Bruch, Carlos. "Don Espíritu Ocampo, que habita las ruinas del pueblo de Quilmes", *Caras y Caretas* N° 451, 25 de mayo de 1907.

y notas referidos a la cordillera y los valles precordilleranos de la Argentina, lo importante para la revista son los vestigios arqueológicos que constituyen la manifestación de un pasado indígena glorioso, vinculado a civilizaciones andinas precolombinas, como los Incas o la cultura Tiwanaku, negando, de esta manera, el presente de los indígenas andinos. Estos son simplemente un testimonio "degenerado" de una "raza" espectacular, que desarrolló una rica cultura materializada en su arquitectura, en su alfarería y en su trabajo con los metales. El indígena contemporáneo al periodo estudiado es solo un objeto de estudio, un sujeto sin agencia en el presente que constituye, como hemos señalado, tan solo un "relicto" de ese pasado.

Conclusiones

El análisis de las representaciones visuales y textuales en *Caras y Caretas* permite identificar tres estrategias discursivas principales en la construcción del imaginario sobre el territorio andino y sus habitantes: la espacialización de la diferencia, la temporalización de la alteridad y la jerarquización racial-cultural.

La espacialización de la diferencia se manifiesta en la caracterización del territorio andino como un espacio marginal y agreste, definido principalmente por sus potencialidades económicas (especialmente mineras) más que por su valor cultural o social. Esta representación contribuyó a la construcción de una geografía imaginaria que situaba a la región andina en los márgenes de la modernidad argentina.

La temporalización de la alteridad se evidencia en el tratamiento diferenciado entre el pasado arqueológico, valorado positivamente por su complejidad cultural y artística, y el presente indígena, representado como un estado de degradación y estancamiento. Esta operación discursiva situó a los indígenas contemporáneos en un tiempo histórico distinto al de la modernidad nacional, construyéndolos como sujetos anacrónicos dentro del proyecto de nación.

La jerarquización racial-cultural se manifiesta en la adopción de criterios eugénicos y evolutivos para explicar la supuesta "degeneración" de los indígenas contemporáneos, mientras se exaltaban los logros de las civilizaciones precolombinas. Esta contradicción revela las tensiones inherentes al proceso de construcción de la identidad nacional argentina, que buscaba incorporar selectivamente elementos del pasado indígena mientras marginaba a sus descendientes contemporáneos.

Estas estrategias discursivas operaron en conjunto para legitimar la incorporación subordinada de los territorios y poblaciones andinas al proyecto nacional argentino. La revista *Caras y Caretas*, como medio de comunicación masivo, jugó un papel fundamental en la difusión y naturalización de estas representaciones entre el público urbano. Este estudio contribuye a la comprensión de cómo los regímenes de visualidad y las prácticas discursivas participaron en la construcción de alteridades durante el proceso de consolidación nacional argentina.

Las tres estrategias antes descritas pueden ser comprendidas con mayor profundidad a la luz del marco analítico que Todorov (2013) despliega, referencia teórica a la que aludimos en la introducción y que permite ahora articular nuestros hallazgos en una perspectiva más amplia.

Como sostiene el autor, la relación con la alteridad se despliega simultáneamente en tres planos analíticamente distinguibles: el axiológico, vinculado al juicio de valor que se emite sobre el otro; el praxeológico, referido a la acción que se desarrolla en relación con él (acercamiento o distancia, asimilación o sometimiento); y el epistémico, concerniente al grado y al modo del conocimiento que se produce sobre su identidad. Estos tres ejes, formulados por Todorov (2013) para examinar el encuentro hispano-indígena del siglo XVI, encuentran una notable resonancia en las páginas de *Caras y Caretas* tres siglos más tarde, en un contexto distinto, pero atravesado por una lógica análoga: la incorporación de un territorio y unas poblaciones percibidas como ajenas al cuerpo de la nación.

En el plano axiológico, los reportajes y crónicas examinados emiten un juicio de valor inequívoco sobre el indígena andino contemporáneo, situándolo en una posición de inferioridad ontológica respecto del sujeto criollo letrado que escribe y fotografía. Este juicio, sin embargo, no es homogéneo: opera por desdoblamiento temporal, valorando estéticamente al indígena del pasado prehispánico —al que se reconoce capacidad creadora, civilizatoria y simbólica— mientras desvaloriza al indígena vivo. La operación coincide con una de las paradojas que Todorov (2013) reconoce como propias del régimen colonial: la posibilidad de admirar al otro siempre que éste sea reducido a vestigio, a objeto de contemplación arqueológica, a residuo inerte de una grandeza pretérita. El indígena admirable es, en esta lógica, el indígena ausente; el contemporáneo deviene una incomodidad que la narrativa nacional debe resolver, ya por la vía del silencio, ya por la del pintoresquismo melancólico.

En el plano praxeológico, la acción que el discurso de la revista bonaerense propone respecto del indígena andino oscila entre dos modalidades que Todorov (2013) identifica como propias de la matriz colonial: la asimilación y el sometimiento. La primera se manifiesta de forma explícita en el llamado a “fomentar la cultura” de los indígenas para incorporarlos a la “civilización argentina”, fórmula que, lejos de suponer un reconocimiento del otro en su diferencia, propone su disolución en la identidad nacional dominante. La segunda se evidencia en el silenciamiento sistemático del indígena contemporáneo en los reportajes sobre el ferrocarril, las exploraciones cordilleranas y las expediciones científicas, donde aparece, cuando aparece, como figura espectral, marginal, sin nombre ni voz. La fotografía de Don Espíritu Ocampo, capturada al modo antropométrico por Carlos Bruch, sintetiza con elocuencia este lugar: el indígena admitido en la página de la revista lo es en calidad de espécimen y no de interlocutor.

Es, no obstante, en el plano epistémico donde el diálogo con Todorov (2013) resulta más fecundo. *Caras y Caretas* pone en circulación un dispositivo de conocimiento sobre el indígena andino que se construye sin él y, en buena medida, contra él. Naturalistas, arqueólogos, fotógrafos, periodistas e ingenieros hablan en nombre del otro, lo describen, lo clasifican, lo coleccionan, sin que éste disponga de un espacio enunciativo propio. La supuesta entrevista de Correa Luna al “Melgarejo”, ese “viejo rarísimo que ha logrado vivir en tres siglos”, ilustra con particular nitidez esta dinámica: la palabra del indígena es transcrita, pero solo para reforzar el estereotipo de la pasividad, la lejanía y el anacronismo. Como advierte Todorov (2013), conocer al otro y dominarlo son, en el régimen colonial, operaciones que tienden a confundirse; bajo esta clave, la prensa *magazinesca* de comienzos del siglo XX, lejos de constituir un espacio neutral de divulgación, opera como uno de los principales laboratorios donde este saber subordinante se elabora, traduce y disemina hacia el público urbano.

Conviene subrayar, además, que la representación del indígena andino en *Caras y Caretas* no se limita a reproducir un repertorio de tópicos heredados de la conquista, sino que los reactualiza, los traduce a las claves de la modernidad republicana y los inscribe en el horizonte del progreso, el ferrocarril y la idea de nación. Bajo esta luz, el problema del otro que Todorov (2013) identifica como matriz del encuentro de 1492 no constituye un episodio histórico cerrado, sino una estructura discursiva que se transfigura y reaparece en los proyectos de modernización tardía latinoamericana. La diferencia respecto del siglo XVI radica, fundamentalmente, en los dispositivos: ya no son la cruz ni la espada, sino el ferrocarril, el museo, el manual escolar y la

revista ilustrada los que cumplen la tarea de incorporar y, simultáneamente, jerarquizar al otro andino dentro del horizonte nacional. La continuidad de la lógica colonial bajo nuevas formas técnicas y mediáticas constituye, a nuestro juicio, uno de los aportes que el análisis sostenido de la prensa ilustrada permite poner en evidencia.

Recuperando ahora el horizonte de comprensión esbozado al inicio del artículo, conviene volver sobre la dicotomía sarmientina entre civilización y barbarie aludida en la introducción como matriz interpretativa de lectura. El examen sistemático del corpus permite constatar que dicha oposición no constituye únicamente un esquema heurístico aplicado a posteriori por el investigador, sino una verdadera estructura operante en el discurso de la revista, que organiza la representación de los espacios, los tiempos y los sujetos andinos. La civilización aparece encarnada en el ingeniero, el naturalista, el arqueólogo, el ferrocarril, el museo y la propia revista ilustrada que comunica todo lo anterior a un público lector predominantemente urbano; la barbarie, en cambio, se proyecta sobre un territorio descrito como agreste y sobre una población indígena retratada como inerte, sumisa y degradada. Lo decisivo, sin embargo, es que esta polarización no opera ya, como en tiempos de Sarmiento, sobre la pampa y el gaucho, sino sobre un territorio recientemente anexado y sobre una alteridad andina que el proceso de consolidación territorial del Estado argentino —cerrado con la incorporación de la Puna de Atacama en 1899— hizo necesario integrar al imaginario nacional. La revista, en este sentido, no se limita a registrar este proceso: lo prolonga simbólicamente, lo dota de sentido y lo ofrece al consumo cotidiano del lector porteño.

Las herramientas teóricas convocadas al inicio del presente trabajo encuentran, llegados a este punto, una confirmación productiva. La perspectiva de Poole (2000) en torno a los regímenes de visualidad latinoamericanos resulta especialmente fecunda para entender cómo la fotografía publicada en *Caras y Caretas* no es un simple registro neutral del territorio andino, sino que opera dentro de una economía visual que selecciona, jerarquiza y distribuye lo visible: el cerro y la quebrada se ofrecen al lector como paisaje vacío y listo para ser cruzado por el riel; la mujer del altiplano, en cambio, se muestra encogida y temerosa, fijada en una imagen única que pretende sintetizar a toda una población. La fotografía, siguiendo a Freund, funciona aquí como documento social en un doble sentido: registra y, al mismo tiempo, produce las relaciones sociales que pretende solo retratar. El visor de la cámara —ya sea el de Holmberg, el de Bruch o el de los fotógrafos anónimos del semanario— no es un instrumento exento; antes bien, traduce a imagen los presupuestos eugénicos, los anhelos modernizadores y los temores frente a la diferencia que recorrían el imaginario letrado argentino de comienzos del siglo XX, y los devuelve, mediante el dispositivo industrial de la revista, al consumo masivo de una sociedad en plena conformación de su sentido nacional.

Este examen se inscribe, asimismo, en una línea de investigación más amplia, desarrollada en torno a la imagen del indígena del norte chileno puesta en circulación por revistas *magazinescas* de comienzos del siglo XX, de la cual el presente trabajo constituye una prolongación trasandina. La comparación entre ambos casos resulta sugerente: en uno y otro lado de la cordillera, en publicaciones dirigidas a un público letrado urbano de las capitales nacionales, los territorios andinos y sus habitantes son objeto de operaciones discursivas análogas, marcadas por la tensión entre incorporación económica y exclusión simbólica, entre exaltación arqueológica y desprecio etnográfico. Esta convergencia no responde a una coincidencia fortuita, sino que remite a la circulación regional de un repertorio compartido de imágenes, categorías y estereotipos, así como a la existencia de un horizonte ideológico común entre las élites letradas de ambos países, atravesado por el evolucionismo positivista, el liberalismo modernizador y las pretensiones civilizatorias del Estado-nación. Pensar comparativamente estos procesos en distintos contextos nacionales constituye, a nuestro juicio, una de las vías más promisorias para comprender la dimensión propiamente regional del problema de la alteridad andina en el período, y para desligar el análisis de las lecturas estrictamente nacionales que, paradójicamente, han tendido a reproducir las propias unidades cuyo carácter construido el examen crítico procura desmontar.

Bibliografía

- Benedetti, A. (2005). Incorporación de nuevas tierras durante el período de conformación del agro moderno en la Argentina: el Territorio de Los Andes, primeras décadas del siglo XX. *Mundo Agrario* 6(11). Recuperado de <https://www.scielo.org.ar/pdf/magr/v6n11/v6n11a02.pdf>
- Freund, G. (2015). *La fotografía como documentos social*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Giordano, M. (2004). *Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Jaimes, C. (2021). Erland Nordenskiöld pionero de la antropología y la arqueología. En Museo Nacional de Etnografía y Folcklore (edit), *Fotografías etnológicas y arqueológicas de Erland Nordenskiöld* (págs. 15-24). La Paz: Museo Nacional de Etnografía y Folcklore.
- Londoño, W. (2017). La puna de atacama y el problema de la otredad: una mirada a la primera mitad del siglo xx. *Estudios Atacameños* 55, 219-230.
- Michel, M. (2025). Indígenas de la Argentina en la revista *Caras y Caretas*. Imagen y discurso (1898-1910) (Tesis de Doctorado). Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Universidad de Chile.
- Muñoz, I. (2014). Hurgando la vivienda andina a través de la historia: percepción y ocupación del espacio domésticoceremonial en los valles y altiplano en la región de Arica y Parinacota, Chile. *Intersecciones en antropología*, 15(1), 235-250.
- Penhos, M. (2013). Las imágenes de frente y de perfil, la "verdad" y la memoria. De los grabados del Beagle (1839 y la fotografía antropológica (finales del siglo XIX) a las fotos de identificación en nuestros días. *Memoria y sociedad* 17(35), 17-36.
- Pérez, J. (2018). Un marco teórico y metodológico para la arquitectura vernácula. *Ciudades* 21, 01-28.
- Poole, D. (2000). *Visión, raza y modernidad*. Lima: Centro de Estudios del Socialismo.
- Ruz, R; Galdames, L. y Meza, M. (2019). Magazines Zig-Zag: reportajes gráficos y alteridad en torno al indígena de la nueva frontera norte chilena (1905-1930). *Estudios Atacameños* 61, 135-153.
- Szir, S. (2011). El semanario popular ilustrado *Caras y Caretas* y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad. Buenos Aires 1898-1908 (Tesis de Doctorado). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Teruel, A. (2005). Estructuras agrarias comparadas: la Puna argentina y el sur boliviano a comienzos del siglo XX. *Mundo Agrario* 7(11). Recuperado de <https://www.scielo.org.ar/pdf/magr/v6n11/v6n11a06.pdf>
- Todorov, T. (2013). *La conquista de América. El problema del Otro*. Ciudad de México: Siglo XXI.